

[La II·lustració Ilegeix Epicur]

La escuela eleática dio origen a la escuela epicúrea. Jamás filosofía alguna fue menos entendida y más calumniada que la de Epicuro. Se acusó a este filósofo de ateísmo, aunque admitiera la existencia de los dioses, frecuentara los templos y no tuviera ningún reparo a posternarse al pie de los altares. Se le consideró como el apologista del desenfreno, a él, para quien la vida era una práctica continuada de todas las virtudes y, sobre todo, de la templanza. El prejuicio fue tan general que es preciso reconocer, para vergüenza de los estoicos, que emplearon todos los medios para propagarlo, que los epicúreos han sido las personas más honestas que han sufrido la peor reputación [...]

Moral La felicidad es el objetivo de la vida; es la confesión secreta del corazón humano; es el evidente fin de las acciones, incluso de aquellas que se alejan de ella. El que se mata, mira la muerte como un bien. No se trata de reformar la Naturaleza, sino de dirigir su inclinación general. El mal que le puede ocurrir al hombre es ver la felicidad donde no existe, o verla donde efectivamente está pero errar en los medios de obtenerla. ¿Cuál será, pues, el primer paso de nuestra filosofía moral, si no es el de buscar en qué consiste la verdadera felicidad? Que este importante estudio sea nuestra actual ocupación. Ya que queremos ser felices desde este momento no dejemos para mañana el saber qué es la felicidad. El insensato siempre se propone vivir y no vive nunca.

Solo les es dado a los inmorales el ser sumamente felices. En primer lugar hemos de evitar la locura de olvidar que no somos más que hombres. Puesto que desesperamos de llegar a ser tan perfectos como los dioses que nos hemos puesto de modelo, decidámonos a no ser tan felices como ellos. Porque mis ojos no penetren en la inmensidad de los espacios ¿desdeñaré abrirlos a los objetos que me rodean? Estos objetos llegarán a ser una fuente inagotable de voluptuosidad si sé gozar de ellos o ignorarlos. La pena es siempre un mal, la voluptuosidad un bien, pero no hay voluptuosidad pura. Las flores crecen a nuestros pies, y, por lo menos, es necesario inclinarse para cogerlas. Sin embargo ¡oh, voluptuosidad!, solo por ti hacemos todo lo que hacemos. No es, jamás, a ti a quien evitamos sino a la pena que a menudo te acompaña. Tú calientas nuestra fría razón. De tu energía nacerá la firmeza del alma y la fuerza de voluntad. Eres tú quien nos mueve y nos transporta; y cuando recogemos flores para formar un lecho a la joven belleza que nos ha fascinado; y cuando desafiando el furor de los tiranos, nos convertimos, cabeza baja y ojos cerrados, en toros bravos, es ella quien lo ha engendrado.

—Denis Diderot, Article «Epicureisme»,
de l'*Encyclopédie*, dins José Manuel Bermudo (ed.):
La historia de la filosofía en la Enciclopedia.
Ed. Horsori, Barcelona, 1987 (2 vols.), vol II, pp. 44-61.